

# LA SILLA VACIA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

**L**OS dos ejes de la consolidación de la democracia, estatuto de las autonomías y de los trabajadores, empiezan a ser negociados por todas las fuerzas políticas democráticas. Los nacionalistas vascos o catalanes se reúnen con los dirigentes del partido gubernamental o de los dos partidos obreros, a la vez que los líderes sindicales entablan más o menos oficialmente contactos entre sí. En suma, todo un cuadro negociador típico, semejante al que ha protagonizado todo el consenso constituyente, si no tuviese una específica y muy importante singularidad en relación con todo el anterior momento político: la discriminación de los comunistas por parte del Gobierno en estas primeras conexiones previas. En menos de seis meses, el Partido Comunista ha pasado de ser el interlocutor preferido de Adolfo Suárez a ser el marginado o por marginar prioritario del actual Gobierno.

Todas las sillas que protagonizaron el Pacto de la Moncloa han vuelto a ser ocupadas por las posaderas políticas de entonces, una a una, menos la que cobijaba a la representación comunista, encabezada por Santiago Carrillo, a la hora de intercambiar opiniones sobre el problema vasco o catalán en el palacio

gubernamental con sus presentes inquilinos. Silla vacía que también ha permanecido vacante sorprendentemente, puesto que es la silla hegemónica laboral, en el inicio de la negociación sobre la problemática sindical. Ni Santiago Carrillo ni Marcelino Camacho han podido, al menos por el momento, negociar "tête à tête" con el presidente del Gobierno en su sede presidencial.

¿Por qué esta súbita y repentina soledad del más viejo corredor de fondo en la lucha democrática del conjunto de la sociedad española? Aislamiento, todavía ignoramos su carácter y dimensión, que es posterior al llamamiento anti-comunista de Pujol, dirigido a los socialistas catalanes, y al inicio de un soterrado y apenas reprimido anticomunismo propagandístico por parte del Gobierno. Y que rompe completamente la imagen de madurez, capacidad y serenidad política que —según los medios gubernamentales durante estos dos últimos años— caracterizaba a los comunistas como contraposición a la supuesta incapacidad e infantilismo de los socialistas. Pero de pronto los maduros e inmaduros de hace pocos meses, en la concepción "far west" de los centristas, han intercambiado sus papeles políticos.

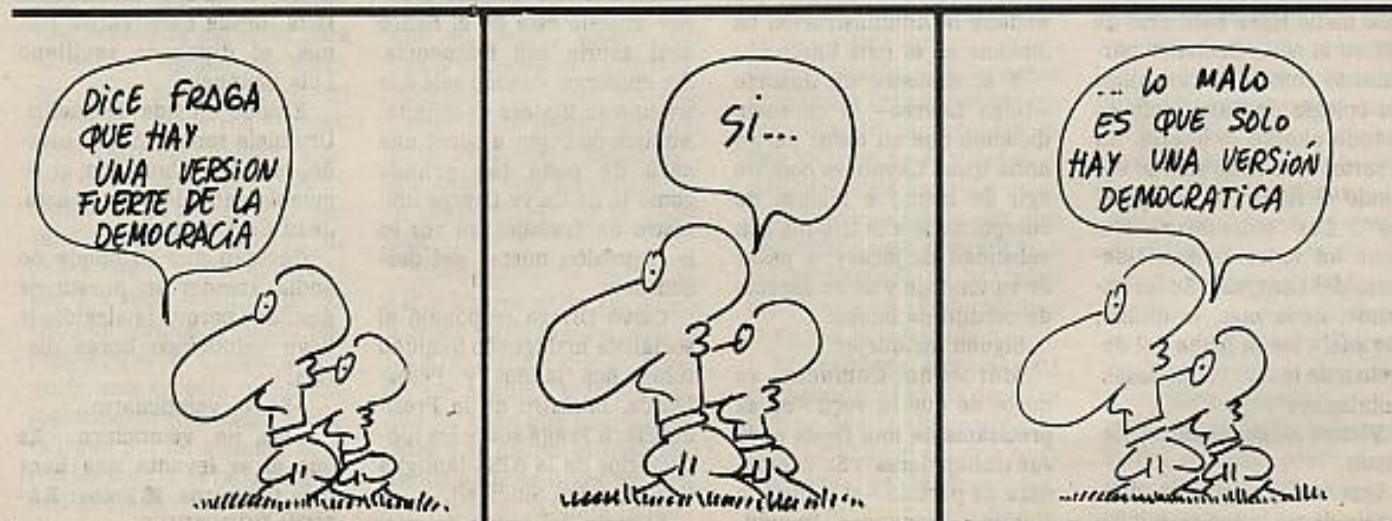
## PCE: suma y sigue

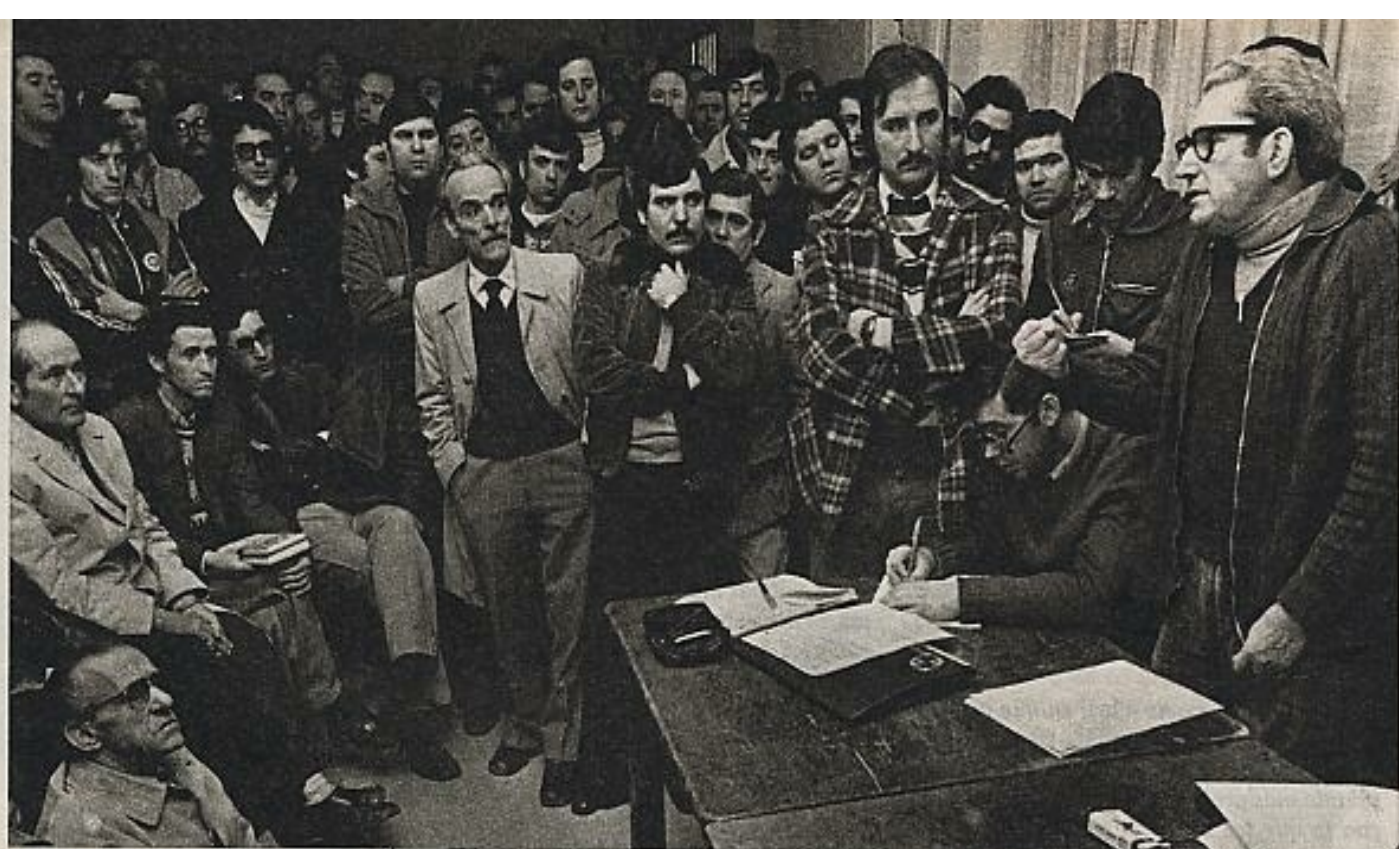
Podría entenderse o comprenderse que estas sillas permanecieran vacías si el Partido Comunista no fuese lo que era o hubiese cambiado su trayectoria política en una dirección de rotunda y enérgica oposición antigubernamental. Pero, al contrario, si hay una organización política que no ha cambiado su línea desde hace ahora más de diez años, independientemente de que sea o no correcta, es la dirigida por Santiago Carrillo. Basta mirar cómo han quedado en la cuneta las fórmulas del Gobierno monocolor (15-VI-77; 28-XI-78) o de Gobierno de centro derecha (1-III-79; 1-VI-79) del partido gubernamental, o la alternativa de poder (15-VI-77; 1-III-79) de la oposición socialista, para constatar aquí que el único que suma y sigue es el Partido Comunista.

Podría igualmente explicarse que esta silla no fue ocupada por su propietario si estuviésemos en presencia de una política clara y diáfana por parte del Gobierno en sustitución del consenso anterior. Si el Gabinete gubernamental, al fin, pudiese decir que gobierna podría estar en su derecho el invitar o rechazar a sus hipotéticos huéspedes políticos. Sin embargo, no hace falta insistir mucho para

señalar que la principal característica del momento es que no hay Gobierno, ni política gubernamental, ni proyecto programático. Todo lo más, el ansia de seguir usufructuando el aparato de Estado en beneficio propio o de los intereses de clase económica a la que se pertenezca.

Si a pesar de ello la democracia fuese un hecho consolidado, tendría una explicación —no entramos en el terreno de la justificación— no rellenar físicamente esa silla. No hace falta ni siquiera decir que, hoy por hoy, la democracia es sumamente frágil. Una derecha profundamente dividida que arremete entre sí con especial crueldad y dureza (las páginas de los principales periódicos están frescas de estas cuchilladas mortales entre unos y otros grupos de presión que buscan objetivos contrapuestos: un país democrático dentro de un orden o una información oscurantista y reaccionaria al servicio de los que intentan de nuevo una salida tecnocrática al margen de los partidos y del Parlamento), un partido socialista sumido en una profunda crisis de identidad, no son más que el reflejo político de la crisis global de la burguesía y de la pequeña burguesía ante el "impasse" político, económico y social en el que nos encontramos.





La silla vacía de CC. OO. en el palacio de la Moncloa es algo más que un atentado a la lógica política y sindical. Foto: Marcelino Camacho, durante una asamblea.

## Una participación "sine qua non"

Todavía sí, a pesar de los pesares, los dos estatutos en cuestión pudiesen ser solventados sin rellenar el vacío de esta silla, encontraríamos comprensible que el estatuto de los vascos o de los trabajadores fuese redactado y elaborado sin la presencia de los comunistas (desde el punto de vista, por supuesto, de los intereses de la derecha). Porque no se trata de un problema de justicia, sino de capacidad para enfrentarse con estas dos ruedas de la consolidación de la democracia, es por lo que tampoco entiende nadie que esta silla esté vacante.

Da la casualidad que los vascos y catalanes, en defensa de sus muy legítimas aspiraciones autonomistas, practican una política de unidad democrática que empieza por no marginar a nadie pequeño (comunismo vasco) o grande (comunismo catalán). Y que su contribución en la elaboración y defensa de los estatutos democráticos ha sido especialmente significativa en la destacada personalidad de Jordi Solé Tura y en la no menos decisiva aportación de Roberto Lertxundi. Sin olvidar que es el PCE quien de un modo menos oscuro ha mani-

festado su solidaridad con los citados estatutos.

Esto se queda corto si tocamos el Estatuto de los Trabajadores. Pretender negociar un estatuto, una negociación salarial ante el desfase del tope previsto en el índice del coste de la vida o el patrimonio sindical recibiendo tan sólo a la segunda central sindical del país, es una miopía política y social. En este caso concreto, la silla vacía de CC. OO. en el palacio de la Moncloa es algo más que un atentado a la lógica política y sindical, es un monumento a la estupidez. Comisiones Obreras es la primera fuerza

obrera del país, y todo indica (sobre todo después del vigésimo octavo Congreso socialista) que lo va a seguir siendo "in crescendo", en el mismo nivel que los socialistas son la primera fuerza política de la izquierda: si por cada tres votos políticos socialistas hay uno comunista, por cada voto sindical de UGT hay tres votos sindicales de CC. OO. Y lo peor que puede suceder en política, máxime en la laboral, es desprestigiar la relación de fuerzas.

## El silencio socialista

Si esto es así, y lo es para cualquier observador sensa-

to, no acabaría uno de entender este vacío si eliminase la hipótesis de que esta silla vacía pueda ser un augurio de la nueva política que, con grandes sudores y lágrimas, prepara la derecha para nuestro país en los próximos meses. Sus portavoces, unos implícitamente, como algunos líderes de UCD, y otros explícitamente, como algunos dirigentes nacionalistas, tienden la mano hacia el socialismo en la búsqueda de soporte para esa "nueva frontera" de la burguesía española.

Porque frente a quienes sostienen que para la derecha esa mano tendida al PSOE sólo sería viable en actitud defensiva —como consecuencia de una agudización de la lucha de clases o como resultado de una amenaza golpista—, cada vez más se abren las perspectivas para considerar a esta mano tendida en actitud ofensiva que acabase transformándose en un puño que rompiese la presente unidad de acción sindical y municipal entre socialistas y comunistas, a la vez que bloquease la elaboración de una alternativa opuesta al sistema. Y parece claro que esta tentativa antiunitaria está ahí, salvo el que, por unas u otras razones, no pueda o no quiera verlo. Como igualmente está ahí el silencio socialis-



Jordi Pujol: llamamiento anticomunista, dirigido a los socialistas catalanes.

# "Juridicismo" y Estado de Derecho

TOMAS R. FERNANDEZ \*

**E**l autor de estas líneas nació, como la mayor parte de los españoles que hoy son, después de la guerra civil, id est, en plena dictadura. En plena dictadura, por lo tanto, cursó, hace ya cuatro lustros, sus estudios de Derecho, de cuya enseñanza hizo luego profesión.

Desde sus dieciséis años, en que pisó por vez primera una Facultad de Derecho, tuvo clara conciencia de que el Derecho, en su sentido más profundo, no tenía nada que ver con lo que las leyes de entonces decían, y desde entonces, también, alimentó la esperanza de que un día fuera realidad en su país, en este país, el imperio de la ley. Con esa ilusión y con esa esperanza asumió como una razón vital lo que con frase feliz llamara Ihering la "lucha por el Derecho", a la que se entregó con fe (que fe es creer lo que no vimos) intentando transmitir a los demás esa fe, esa ilusión y esa esperanza en su cátedra y en sus libros.

Un buen día ese sueño pareció hacerse realidad al promulgarse una nueva Constitución cuyo artículo primero proclamó, al fin, que España es un Estado de Derecho, es decir, un Estado en el que la ley —y, en primer término, la propia Constitución, que es la primera de todas las leyes— es la medida de todo poder y la regla de todo conflicto, tanto entre los diferentes poderes públicos, como entre éstos y los ciudadanos.

Hete aquí, sin embargo, que apenas surge en el horizonte político el primero de estos conflictos —la elaboración de los Estatutos del País Vasco y de Cataluña—, uno empieza a notar que una parte de la orquesta toca otra partitura y que, antes, incluso de que nadie haya tenido tiempo de leer los textos estatutarios proyectados, sus autores comienzan a hablar públicamente de movilizaciones populares y de desobediencia civil si se cambia una sola coma de los mismos, en lugar de emplear, como podía esperarse, el argumento constitucional, es decir, el razonamiento jurídico, que, en todo país civilizado y democrático, es a la vida política, por lo menos, lo que la cortesía a la vida social.

Uno intenta consolarse entonces pensando que los que así actúan son pocos y que el democrático y civilizado razonar de la mayoría terminará contagiándoles y racionalizando su impulsividad primera, pero resulta que, andando el tiempo, uno descubre que esa

mayoría de creyentes en el imperio de la ley en la que uno confiaba no existe y que, por el contrario, la clase política, y, de entre ella, los elementos más sedicentemente progresistas, es decir, los que a priori uno consideraba como los más fervientes defensores de esa fe, no sólo no la proclaman, sino que, en lugar de decir claramente "dentro de la Constitución todo, fuera de la Constitución nada", muy prudentemente (de la "prudencia política" oímos hablar demasiado en los cuarenta mal llamados años), deseosos ante todo de preservar su impoluta imagen, se lavan las manos —en seco, claro, para no mojarse— y llaman al argumento constitucional "juridicismo" (palabra inédita en el panorama comparado —¡Spain is different! también ahora—), abandonando la Constitución, tan tierna y tan frágil aún, en manos de los demócratas de última hora, de los antiguos subsecretarios conversos, como en ocasiones han llamado, no sin razón, a muchos de los prohombres del partido gobernante.

Después de esto, ¿qué podemos hacer? Yo diría solamente que cambiarnos a Medicina —o, por aquello de la congestión de las Facultades del ramo, a Veterinaria o a cualquier otra Facultad más accesible—, porque, la verdad, si esto del Derecho sólo sirve en este bendito país para "dar forma" a posteriori a los acuerdos políticos, cualesquiera que estos sean (como ha dicho, por cierto, persona que, a su profesión de abogado, une ahora responsabilidades directivas en una de las grandes formaciones políticas nacionales), la cosa no merece la pena, mucho menos ahora cuando ya ni siquiera queda la esperanza que nos mantuvo en el pasado y que nos ayudó a superar el triste espectáculo de unas Leyes Fundamentales y ordinarias, que se limitaban también "a dar forma" a la mera voluntad de los detentadores del poder.

Amigo lector, si es que alguno tengo: la Historia dice que en este país nunca hubo demócratas, sino sólo catalanes, socialistas, vascos, anarquistas, banqueros, comunistas, industriales, conservadores, republicanos, latifundistas, marxistas, etc., etc. Las Constituciones nunca duraron gran cosa porque nadie entendió nunca que es a partir de ellas y no a pesar o al margen de ellas como se hace la política. Por desgracia para todos, la Historia tiende a repetirse. ■

\* Catedrático de Derecho Administrativo.

## LA SILLA VACIA

ta más rotundo y completo. No se dice sí a la oferta de Jordi Pujol, pero tampoco se contesta en forma negativa, a la vez que se responde con una deliberada ambigüedad a si se va a estrechar o no esa mano tendida de la burguesía. Simultáneamente, UGT acelera su diferenciación de las posiciones de CC. OO. y deja sola a Comisiones en las acciones emprendidas en defensa de las reivindicaciones obreras.

Y ese silencio resume la incógnita más crucial de la actual situación política. Acharcarlo a la crisis del PSOE sería un pretexto o una ignorancia, puesto que de hecho este partido sigue como antes en las firmes manos de Felipe González. Porque la única forma de que esa silla no continúe vacía es que los socialistas expresen su deseo de verla ocupada y que rechacen explícitamente la mano que se les tiende desde la derecha. Si por eliminación hemos ido descartando todas las posibles explicaciones sobre la razón o razones de esta silla vacía, no queda más que la que establece una conexión entre esa ausencia y esa oferta explícita o implícita de la burguesía a los socialistas.

De cualquier forma, quienes tientan o se sienten tentados no deberían de echar en saco roto la importante intervención de Nicolás Sartorius, líder de CC. OO., en el transcurso de una asamblea de delegados del sector textil que acaba de celebrarse en Madrid. Y es que sería prácticamente imposible marginar a CC. OO. por ser sencillamente la primera fuerza sindical y obrera del país. ¿Se imagina alguien que el primer partido, UCD, se encontrase con la silla vacía en una negociación? La realidad es testaruda y muy pronto se encargaría de sentarla en la silla, al igual que, si se cae en la tentación política que comentamos, se encargará de sentar a CC. OO. Y el relleno de esa silla vacía por los hombres de Comisiones Obreras impondría o impondrá, a su vez, que el PCE la ocupe también. ■ F. L. A.